

XXXIV.

Amor.

La revolucion que causaba el amor en el alma de Mauricio era cada vez mas visible.

Parecia que el jóven, privado desde tan niño de las caricias maternales, perdida la memoria de sus primeros años, y con el corazon ajeno á las íntimas afecciones de familia, que, por decirlo así, amoldan y preparan el alma humana para sentimientos mas fuertes y profundos, habia concentrado durante tanto tiempo en el fondo de su pecho cuanto cariño era capaz de experimentar en la vida para ponerle á los piés de una mujer, de una niña que era para él todo el mundo, y que ni siquiera sospechaba podia ser objeto de una pasion de artista, es decir, de una pasion verdadera y ardiente.

El carácter de Mauricio habia sido hasta entónces alegre y expansivo; pronto se convirtió en adusto y reservado.

A diferencia de la generalidad de los artistas, que por lo regular son perezosos é indolentes, Mauricio llamaba la atencion

de sus profesores y de sus condiscípulos por su laboriosidad y aplicacion al estudio, y jamas se le habia visto, distraido en conversaciones insustanciales ó en fruslerías, abandonar su trabajo, al que parecia apegado, mas que por gusto y por instinto, por esa fuerza superior irresistible que se llama la vocacion del arte.

Pero la aparicion de la niña desconocida en su camino le preocupaba de tal manera, el amor que ardia en el fondo de su corazon se habia enseñoreado tan absolutamente de su alma, que muy frecuentemente, sin darse cuenta de lo que le pasaba, sin saber lo que hacia ni en lo que pensaba, pero gozando de una manera indefinible, respirando en una atmósfera mucho mas agradable que la de la sala de estudio en que se hallaba, con la paleta en una mano, y el pincel inmóvil en la otra, mirando sin ver, y con el pensamiento extraviado, permanecia todo el tiempo de la clase sin aumentar un solo rasgo á su cuadro, sin acordarse siquiera de que le tenia delante de los ojos.

Sus compañeros notaban su distraccion, y aunque frívolos por naturaleza, la respetaban y no se atrevian á sacarle de ella.

Uno de ellos, sin embargo, cuyas simpatías por nuestro héroe habian hecho mas íntimas sus relaciones con él, se acercó un dia al lugar donde Mauricio acostumbraba trabajar ántes y donde no hacia mas que soñar de algun tiempo á esa parte, y le puso la mano en el hombro.

Mauricio se estremeció.

Sucede regularmente, y nuestros lectores habrán tenido tal vez ocasion de observarlo, que cuando estamos abstraídos en un dulce pensamiento, entretenidos en la lectura de un buen libro, ejecutando ó escuchando algun trozo sublime de música, completamente olvidados del mundo exterior, y la mano de un amigo cae sobre nuestro hombro, su voz hiere nuestros oídos, llamándonos á la vida real de donde nos habiamos apartado para vagar con el pensamiento en una atmósfera de ilusiones y

de poesía, experimentamos una sensación desagradable; un estremecimiento nervioso recorre nuestro cuerpo, y como las gentes á quienes se despierta bruscamente cuando una pesadilla las atormenta, tardamos en reconocernos y en comprender que hemos dejado de soñar.

—Eh! Mauricio, ¿en qué piensas, hombre?—dijo con acento entre afable y burlon el muchacho—Apostaría algo bueno á que estás enamorado.

Mauricio abrió enormemente los ojos y miró con extrañeza á su interlocutor.

Era este un muchacho rubio, de esos cuyo tipo abunda en las escuelas y en los colegios, con el rostro lleno de peluza mas clara y fina que la de los duraznos, los carrillos colgantes, los labios gruesos, la nariz aplastada, los ojos melancólicos, grandes melenas colgando sobre el cuello, cejijunto y salpicado de barros.

Pasaba por buen mozo y él creía de buena fé que se le hacía justicia.

Pretendía á las hermanas de todos sus compañeros y les enviaba con los criados ó con el aguador circulares amorosas á las cuales se alababa de recibir siempre contestación.

Era el oráculo de los muchachos en materia de amores, y apenas habia alguno que no le hubiera suplicado, llegado el caso, que le hiciese la minuta de su primera carta.

Como se consideraba una especialidad para el objeto, jamás negaba tan pequeño favor á sus amigos, y por el contrario, se mostraba muy ufano de poseer una habilidad que le hacía el confidente general de la escuela.

Viendo que Mauricio no le contestaba, y que se conformaba con verle de un modo extraño, volvió á decirle:

—¿En qué piensas, Mauricio?

—En nada—contestó este poniéndose encarnado.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Nó, si tu quieres decírmelo.....

—Pues pienso en que eres tú el peor de los amigos del mundo.

—¿Por qué?

—Porque no tienes confianza con tus amigos.

—Si no te explicas.....

—Tú estás enamorado.

—Yo! ¿quién te lo ha dicho?

—Hijo, cuando se tiene la experiencia del mundo que yo tengo, no se necesita que le digan á uno ciertas cosas, las adivina.

—¿Y qué has adivinado?

—Que te gusta la niña de la Moneda.

Mauricio no sabia mentir y tampoco habia aprendido todavía á disimular sus sentimientos; así es que á la brusca salida de su amigo nada contestó, y bajó la cabeza ruborizado.

Ramon, que así se llamaba el *hombre de mundo* continuó de esta manera:

—Hombre! no te pongas colorado, si eso no es pecado. Aquí me tienes á mi que me gustan todas, y que gozo de fortuna con ellas, que ni sudo ni me acongojo cuando me comen el trigo.

—Pero de donde sabes tú.....?

—Me crees algun necio? ¿No habré visto el retratito, y no habré sorprendido tus suspiros y tus distracciones, y alguna que otra palabra de enamorado que dejas escapar algunas veces? Pues quedaba yo fresco si á la hora de esta no supiera conocer estas cosas. Desde ántes que destripara, y cuando iba todavía á la Escuela de Medicina, sé que las enfermedades se conocen por los síntomas.

—Y tu sabes como se llama.....

—¿Qué? Tu enfermedad?.....

—No, hombre, la señorita.

—Miren al gazmoño; fiese usted de las mosquitas muertas, ¿por donde te me vienes saliendo ahora, Mauricio de mi vida? En amor, primera regla: averiguar el nombre de la chica; segunda: informarse del carácter del papá y de si es hombre, no de armas tomar, sino de palos dar; tercera: investigar si la casa tiene agua propia ó se sirve la familia del útil medio del aguador para abastecerse de tan precioso líquido; cuarta, escribir una esquelita en un papel perfumado, firmando bajo el seudónimo de *un desgraciado*, para excitar la compasion de la niña y evitar que si la preciosa misiva cae en manos del autor de los dias del objeto amado, pueda comprobar su procedencia; quinta..... pero mira, mejor te iré dando las reglas conforme las necesites. Por ahora, envanécete, porque has hecho una pregunta como podria haberla hecho yo mismo en tu caso. Con que quieres saber como se llama la niña!

—Sí.

—Pues se llama, se llama.....

—Acaba.

—¿Como quisieras tú que se llamara?

—Hombre! tienes unas cosas.....

—No es sin misterio la pregunta.

—¿Cómo!

—Figúrate buen Mauricio que se llamara Pragedis.

—¿Ramon!

—O Tecla, ó Bartola, ¿qué harías?

—Nada.

—¿La seguirías queriendo?

—Claro está.

—Vaya! estoy mirando que eres un niño en esto de amores; si no hay poesia, chico, en enamorar á una muchacha, vale mas no verla siquiera, por linda que sea; yo conocí á una que se llamaba Sóstenes: no tenia malos bigotes, pero ya ves, se llamaba Sóstenes, y ve á soñar con un nombre tan feo, ó á intro-

ducirle en una cuarteta erótica. Por mas señas que me sucedió un chasco terrible con ella, y desde entónces senté la regla de buen vivir de no decirle á ninguna niña mi atrevido pensamiento sin saber ántes si su nombre era digno de mis versos y de mi prosa. Figúrate, buen Mauricio, que ví á la tal Sóstenes una noche en las cadenas, al salir de la clase nocturna; llevaba una talma encarnada, un trage blanco, y la luz de la luna parecia buscar con empeño los huecos entre hoja y hoja de los árboles para pasar y acariciar su cara. Perfil griego, chico! y luego, ya sabes, que á la luz de la luna no hay mujer fea. Me gusta, la sigo, le rondo la calle, me hace frente; le escribo la primera carta, poética, elocuente, pintándole mi pasion volcánica, devoradora; se la doy en propia mano una noche, me la devuelve cerrada al dia siguiente..... chico, otra regla, manda siempre la primera carta abierta, para que así aun cuando te la devuelvan no te puedan contar que no la han leído..... le mando la segunda por el balcon envuelta en un pañuelo y atada con un liston encarnado, se queda con ella; le escribo la tercera, me la contesta diciendo que duda de mi amor, que una jóven recatada no debe dar oidos á los jóvenes del dia, que su papá por aquí, que su mamá por allá, y para no cansarte, chico, á la vuelta de un mes ya estábamos en gran correspondencia.

—Tan pronto?

—Te figuras acaso que soy niño de teta?

—Ni por un momento.

—Pues oye, falta lo mejor.

—¿Lo mejor?

—Sí lo del nombre.

—Ah! sí ¿decías?

—Decía yo que ya estábamos en correspondencia, cuando un amigo mio, ¡pérfido! que pasaba todos los dias por la calle en que vivia mi amor y me veia haciendo el oso, comenzó á

embromarme con la niña, á decirme que visitaba la casa y me ofreció llevarme.

—Aceptaste por supuesto.

—Ahora verás; todas eran mentiras del infame. Creyéndole yo de buena fé, me informo con él de la familia, del nombre de la muchacha y de otros pormenores, y sé que el ángel de mis sueños se llama Carolina. ¡Carolina! que nombre tan bonito, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Pues bien; acepto el ofrecimiento de ser llevado á la casa por mi amigo Miguel, y este, que no visitaba, ni conocia siquiera á la que decia llamarse Carolina, difiere de dia en dia el momento de mi presentacion. Yo no habia querido decirle una palabra á la chica, para sorprenderla, y esperaba con ánsia la noche en que Miguel debia llevarme á visitarla. Una tarde, cerca del anochecer, estaba yo parado abajo del balcon de mi Carolina, esperando se oscureciera para recoger un papelito que me habia enseñado, y que debia tirarme, cuando pasan por allí dos muchachas y una vieja y se ponen á hablar desde la calle á grito partido con ella:

—¿Que haces Soti..... como estan por acá?

—Bien, y por allá?

—No hay novedad, mil gracias.

—¿Quieren subir?

—Nó, muchas gracias, ya es tarde.

—¿Cuando vienen?

—Pronto, y tú ¿cuando nos vas á ver, sinvergüenzona?

—Allá voy un dia.

—Sí, con eso nos cuentas.... —dijo una de ellas indicándome con una mirada.

—Bueno.

—Adios Soti, muchas expresiones.

—Adios.

—Luego que se fueron—continuó Ramon—me quedé pensando, mas que en la impertinente curiosidad de las amigas de la chica, en el nombre que la habian dado. Imposible, decia yo, que Soti sea diminutivo de Carolina; aunque se ven tantas rarezas en esto de nombres! Se llamará Sotera? Dios me libre! Por fin, me resolví á preguntarle, y en mi próxima carta le puse un párrafo que decia así poco mas ó menos:

“Necesito un nombre que invocar en mis sueños de amor; tu corazon es mio, tus ojos me dicen que me aman, tus cartas me traen tu acento y mi felicidad; pero cuando pienso en tí, no encuentran mis labios un nombre que pronunciar. ¿Cómo te llamas, niña, que tus amigas te dicen Soti, y tu santo no está en el calendario de mi corazon?”

—¿Que te parece el estilo?

—Magnífico—dijo Mauricio, sinceramente admirado al oír los disparates retumbantes de su amigo.

—No tengas cuidado, que así le hemos de escribir á la tuya.

—Y que contestó ella?

—Por lo pronto nada; presentia su desgracia.

—¿Su desgracia?

—Claro, era muchacha de talento y comprendia perfectamente que por un lado entraria su nombre en mis oídos y por el otro saldria el amor de mi corazon.

—Y despues?

—Viendo que no me contestaba, insistí á punto de amenazarla con acabar los amores si no me decia su nombre, y acusándola de caprichosa. Entónces la pobrecita me escribió una carta en la que entre otras cosas me decia que no podia persuadirse de que yo no sabia su nombre, pero que una vez que lo deseaba con tanta insistencia, firmaba aquella; y con letra menudita y coqueta ponía abajo *Sóstenes*. Sostenes! ya ves, y yo que creía que se llamaba Carolina!

Mauricio no pudo ménos de reirse viendo la cara tan cómica que ponía su amigo al recordar este incidente.

—Desde aquel punto—continuó Ramon—mi amor se apagó como una hornilla en la que hubieran echado un barril de agua y poco á poco olvidé á mi Sóstenes Carolina, que á pesar del mal gusto de sus padrinos me gustaba muchísimo y era chica de talento.

—No la querrias mucho.

—¡Toma! y bien; ¿pero qué amor por grande que sea puede resistir á un nombre tan soez? Si Eloisa se hubiera llamado Sóstenes el buen Abelardo habria conservado todas sus facultades, no lo dudes.

—Pero ¡tonto de mí!—prosiguió el locuaz mancebo—te estoy entreteniendo con trozos de historia antigua y no acabo de decirte como se llama tu amor; y ese nombre sí que es verdadero, que yo no soy un charlatan como Miguel, se llama Luisa.

—¡Luisa!—murmuró Mauricio llevando la mano al corazon

—¡Luisa! ¡qué bonito! tan bonito como ella.

—Ya lo creo.

—¡Luisa! gracias, Ramon, eres un buen amigo.

XXXV.

La primera carta.

—¿Por qué no le escribes, Mauricio?—preguntaba Ramon á nuestro héroe hablándole de Luisa.

—Si no me atrevo á mirarla!.....

—Tonto! ¿Como te ha de querer entónces?

—Mira, Ramon, creo que eres mi amigo.

—Quien lo duda?

—Voy á confiarte una cosa, pero solo á tí; lo entiendes?

—Procuraré olvidarla en el momento.

—Ya sabes que soy huérfano de padre y madre.

—Ya lo sé.

—Que soy pobre.

—Lo sé tambien.

—Que el hombre generoso á quien vine recomendado me da cuanto necesito, y aun mas de lo que él cree necesario.

—Sí, hombre, sí; ¿adonde quieres ir á parar con ese preámbulo?